

La Voz de Guipúzcoa

Viernes 7 de Enero de 1921

Diario Republicano

Año XXXVII.—San Sebastián.—Núm. 12.554

Un centenario

Fernando Garrido

Nuestro querido compañero el cronista de LA VOZ DE GUIPUZCOA en Madrid, Isaac Abeytua, maestro en el retrato, de trazo fiel y vigoroso, de las figuras españolas de la Libertad, consagra a una de ellas, la de Fernando Garrido, tan poco conocido, las siguientes cuartillas, escritas con motivo del centenario de su nacimiento, que se cumplió ayer, 6 de Enero:

Tenía Fernando Garrido una recia con-textura de apóstol. Desde su adolescencia hasta su muerte fué el arquetipo del luchador abnegado y romántico, sin mezcla de ambiciones impuras. De toda aquella arrogante y turbulenta muchachada demóstrata de 1854—Sagasta, Becerra, Martos, Rívero, Castelar—sólo él perseveró y llegó hasta el fin, inefable de claudicaciones, cada vez más fervoroso y cada vez más pobre.

Olvidóse de sí mismo para darse pródi-ga é íntegramente al ideal. Otros hombres habrán servido á la Libertad con mayor brillantez y con mayor fortuna que él. Nació con tan honda y desinteresada devo-sión ni por tan múltiples y heterogéneos caminos. El la defendía en las calles es-grimiando un fusil. La exaltó en el lienzo, con los pinceles. La glorificó en la tribuna, con su verbo fogoso é ingenuo. Glosó las amarguras cruentas de sus mártires en más de un centenar de libros eruditos. Tendió desde las planas de infinitas gae-tas, bríosas y combativas, á los oligarcas que la ahorraban. Y en lo más bronco de la pelea, sus ojos miraban rectamente al porvenir, sin defenese sus miradas en los placenteros parajes, Capuz del Presu-puesto, á cuya sombra sucumbieron dulcemente tantos Aníbalas del revolucionarismo.

Su apostolado comenzó el día mismo en que, todavía estudiante de dibujo en Cádiz, preguntó sus primeras cuartillas, cándidas y cálidas, iconoclastas y vibrantes, acogidas benevolamente por un diario gaditano. Poco después arribó Garrido á Madrid. Era en los años precursores de aquella ostiosa, bárbara y saludable, del 48, que conturbó á la vieja Europa, desplazándola de los carriles oxidados y ancestrales por los que marchaba rutinariamente.

Artista, joven y desconocido, cayó en manos de chararileros y anticuarios, que monopolizaron sus cuadros, despreciándolos. Con los misérrimos productos de su arte fundó un periodiquín, henchido de ímpetus mocoeriles, titulado "La Atracción". Apartándose de los progresistas contemporizadores y un poco intrigantes, afirmó bravamente Garrido su republicanism en su gaceta, que redactaba, administraba y repartía él mismo, casa por casa. Con gran humildad, externamente, "La Atrac-ción", trafa en jaque al tonante duque de Valencia, que acabó prohibiendo su pu-blicación. Por las noches Garrido acudía á las victrías de los cafés populares, col-mados de gentes enardecidas, y á los za-quizambes, albergue de las Sociedades se-cretas. En una de éstas, "La Nueva Car-bonaria", conoció á Sixto Cámara. Espí-ritus fraternos, ligados por ensueños idénticos, intimaron muy pronto los dos foli-cularios. Juntos escribieron "La organi-zación del trabajo", un semanario inter-medio entre la cátedra y la barricada, en el que, al lado de doctas divulgaciones so-bre el socialismo falansteriano detonaban enconadas diatribas contra los Gobiernos de Isabel II.

No era aquella la obra de dos "diletan-tes" de la revolución, sino el producto de dos hombres de acción recriados en las

bibliotecas. El partido republicano espa-ñol, nacido de un desgarramiento del par-tido demócrata, tuvo su génesis en uno de aquellos hervorosos clubs, de que eran je-rifaltes Garrido y Cámara.

Aún—y aquello era milagroso—no ha-bía visitado Garrido el Saladero. Sepúltáronle en él con motivo de la publicación del folleto "Defensa del socialismo", por el que se le impuso una multa de 14.000 reales. Como Garrido, escritor y republi-cano—que era como decir dos veces po-bre—, carecía de numerario, trocóse en corporal el castigo económico. Y fué Gar-rido al Saladero, condenado á pagar cada mil reales de multa con un mes de prisión. Un indulto le libró de cumplir la pena to-talmente. Era igual. Meses después repa-saba Garrido el rastrillo de la cárcel. Se le acusaba esta vez de ser jefe y organiza-dor de "Los hijos del pueblo", una Socie-dad secreta que, según comprobó la Poli-cía, contaba con miles de afiliados y con una copiosa provisión de municiones. En el Saladero se hallaba alojado por aquel entonces Emilio Castelar. El maravilloso orador quedó admirado del tesoro de volun-tad que poseía Garrido, quien, sin salir de su celda, redactaba dos periódicos, "El Taller" y "El Trabajador", trazaba febril-mente dibujos, componía acuarelas y se comunicaba subrepticiamente con sus ca-maradas de conspiración.

Sobrescída su causa, Garrido, en evita-ción de mayores males, emigró. Sus pro-yectos de internacionalista acérrimo, un poco quiméricos, estuvieron á punto, no obstante, de hacerse realidad en París. El gran Mazzini, encarnación de la rebeldía universal, oyó complacido al luchador espa-ñol y forjó con él planes de batalla, que el tiempo se encargó de desbaratar.

Ante todo, Garrido era un formidable demoleedor. Toda revolución, organizárala quien quisiera, tenía en él un ardoroso pla-dín. El anuncio de los sucesos de 1854 le hizo saltar de Londres á Madrid, propi-cio á disparar su escopeta contra los mo-derados. Como lo hizo, en unión de Rívero y de Sixto Cámara, de Pi y Margall—nacido entonces á la vida revolucionaria— y de Becerra.

En la entrada triunfal de Espartero en la corte deslumbró momentáneamente á Gar-rido y le sugirió la posibilidad de una Re-pública española, que tuviera como primer magistrado al indomable soldado de Lu-chana. La tribuna de Garrido es ahora "El Eco de las Barricadas". El olor acre de la pólvora domina sobre el aire enrarecido de las bibliotecas. Y el historiador de "La Humanidad y sus progresos" escribe como un convencional. "Bajo Isabel espontánea-mente de su trono—dice Garrido— é su-fra su suerte resignada, inclinando la ca-beza ante el veredicto del tribunal del pueblo." Tales palabras no se podían decir sin riesgo de la libertad y aun de la vida. Por escribirlas, con otras semejantes, se halló Garrido enredado en una profusa malla judicial. Veintiséis números ha-bían aparecido de "El Eco de las Barri-cadas", y veintiséis veces habían proce-

sado los fiscales al periodista. A razón de seis años de prisión por cada delito, suma-ban entre todos ciento cincuenta y seis años de prisión. Atosigado por esbirros y escribanos, cruza de nuevo Garrido la frontera.

Lejos de España acrecen, en vez de amenguar, la fe y la laboriosidad de Gar-rido. Unas veces aparece en Lisboa, cons-pirando al lado de Sixto Cámara. Otras redacta, oculto en Madrid, manifiestos euan-destinos. Tan pronto se le encuentra en su despacho, emparedado entre montañas de libros, como se le halla en la cárcel de Barcelona, acusado de promover un aten-tado contra la vida de Isabel II, ó se le sabe asistiendo en Londres á las reuniones del "Comité revolucionario europeo", con Kossut y Ledru-Rollin.

Al triunfar la revolución de 1868, Fernan-do Garrido la repudia en nombre del revolucionarismo puro, y recobra su plu-ma de erudito para referir "El último Borbón de España". En las Constituyentes de 1869 ocupa un escaño entre los republi-canos. Al discutirse en 1870 la legalidad ó la ilegalidad de la internacional, Fernan-do Garrido se alza emocionado, con sus barbas proféticas y sus ojos míopes, agazapados tras de las gafas. La internacional es el ensueño de su vida. Veinticinco años antes, él había tenido la prescencia de este movimiento renovador y había adivina-do la aparición del Cristo moderno, que era Bakounin. Pero la España retardata-ria, que lo persiguiera y lo encarcelara, no quiere oírlo, y le apostrofa. Y Garrido se siente contristado, pensando que él no verá á los oprimidos pisar la tierra de promisión.

Y surge la República. En la contradanza de ministros y ministrillos no gana el nombre de Garrido. ¿Por enemiga de sus correligionarios? ¿Por la repulsión de este hombre bondadoso y abnegado hacia los cargos oropelcosos y bien retribuidos? Tal vez, por ambas cosas. Todo lo que Garrido acepta de la República—que, roto el en-canto, ha pasado de Dulcinea á Aldonza Lorenzo—es un puesto en la gobernación de Filipinas, que más parece postergación que recompensa. Cuando, destrozada la República, vuelve á Europa, Garrido está avejentado y dolorido, y se expatria voluntariamente. Allí, en París, algunos le creen enriquecido en Filipias, y se ve en trance de ser desahuciado de su habitación por falta de pago. Odia á los republicanos traidores, y espera una restauración y una rehabilitación de la República. Al salir de la redacción de "Le Rappel", á la que pertenece, Garrido acude á la tertulia de Víctor Hugo y charla con Vacquerie, con Saint-Victor, con Catulo Méndes, con Arsenio Houssaye... Va á nacer la tercera República. Viendo el plan de batalla á los emigrados españoles, él pide un sitio para combatir por el ideal. Como está inválido y casi ciego, Estévez intenta disuadirle de su propósito. Pero el viejo luchador se yergue, indignado: "Señor de Marle—dice yo no sabré pelear; pero sé morir."

Consejos amistosos le obligan á retornar á España. Ya se ha quedado ciego. Pero si-gue laborando siempre, esperando siempre, luchando siempre. Al morir, el 3 de Junio de 1883, deja inconclusa su obra "Historia de las trases trabajadoras."

ISAAC ABEYTUA.

La Diputación, la Prensa y el gobernador

"La Prensa", al dar anoche un nuevo golpe al asunto de las relaciones con el gobernador, y aludiendo al silencio que sobre ellas guardamos, pregunta categóricamente: "¿Es que se ha borrado el agravio?"

Nosotros contestamos, no menos categóricamente: No.

Entre el gobernador y los periodistas ha habido veces e incidentes que nosotros estimamos vejaban incluso hasta nuestra dignidad personal, y no sólo por haberle así rogado la Asociación de la Prensa, sino porque también lo hubiéramos hecho sin mediar el ruego, rompimos nuestras relaciones con la persona que ostenta el cargo de gobernador civil y nos retiramos de su despacho. Por nuestra parte —y para nuestra propia satisfac-ción— bastaba.

Al vulnerar el gobernador el Concier-to económico e informar inexactamente al ministro de Hacienda, diciéndole que aquí se había cobrado siempre el Timbre a los pasaportes, no fuimos ni los últimos, ni los menos enérgicos, en pedir á la Dipu-tación que no tolerase el desafuero. Y estamos donde estábamos.

Creemos que la Diputación ha abando-nado bastante la enérgica defensa de nuestro derecho, vulnerado por el gober-nador y el ministro de Hacienda. Creemos que otros guipuzcoanos, anteceso-res suyos, no se hubieran conformado con enviar unos telegramas de protesta.

Pero esperamos todavía; esperamos que inmediatamente que se constituyan las Cámaras y juren sus cargos nuestros representantes en Cortes, se trasladará á Madrid una Comisión de las tres Diputa-ciones vascoas, y en unión de todos los representantes del país vasco exigi-rán del ministro de Hacienda el respeto que nos es debido.

Orea "La Prensa" que eso será lo más eficaz. Nosotros no podemos ser partidarios de manifestaciones callejeras, que darían tal vez pretexto a un nuevo día de luto.

EN LOURDES

Los jaimistas se reunen

(POR TELEFONO)

Madrid, 7, 2 m.

Ayer telegrafié dando cuenta de que, a pesar de todos los anuncios hechos en contrario, en Lourdes se celebraba la re-uni6n de los representantes del partido jaimista bajo la presidencia de don Jaime de Borb6n.

A la reuni6n han asistido, adem6s de las personalidades de que ayer d6bamos cuenta, representaciones de Valencia, Cataluña, Navarra y Rioja.

El presidente se hospeda en el Hotel Londres donde ha celebrado varias con-ferencias con los elementos directores del partido.

Hoy, a las cuatro de la tarde, se cele-brará una reuni6n magna presidida por el pretendiente.

Se guarda una absoluta reserva acerca de los acuerdos que en esta reuni6n se-rán tomados, reinando gran interés por conocerlos.

Uno de nuestros redactores ha salido para la citada poblaci6n francesa, con ob-je-to de informar debidamente a nuestros lectores del acto político que los jaimis-tas realizan.

PIANOS : : AUTOPIANOS
Venta y Alquiler.—Afinaciones. E. LUNA, Plaza de Guipúzcoa, 10

Monedas de oro
y frances en plata, compro pagando altos precios. GUILARTE: Hernani, número 14.

Marcos y coronas
vendo en billetes. GUILARTE: Hernani, 14.